

## Construcción discursiva y la clasificación excluyente del sujeto en Michel Foucault

David Mayo Sánchez  
Universidad de Salamanca

*“Foucault representa el grito de las subjetividades en una sociedad opresora. Foucault no es más que la autocrítica de la sociedad moderna. Su pensamiento es una denuncia más que una propuesta. Detrás de su inquietante y fascinante reflexión subyace la exigencia de una nueva utopía para la cultura occidental que, al llegar a la culminación con el dominio planetario y sin contestación, solo encuentra sus propios límites no solo hacia adelante con el azar, es decir, con lo imprevisible, sino hacia atrás y hacia dentro, descubriendo que la racionalidad de sus instituciones las más de las veces surgió del terror y solo engendra la irracionalidad de la represión”.*

Arnoldo Mora Rodríguez

La historia humana ha sido el reflejo de prácticas discursivas que han tenido la intención de posicionar a ciertos sujetos como preeminentes, como dominantes, como directores del curso de los acontecimientos y de los instrumentos de articulación y dominio para las relaciones sociales y para los posicionamientos humanos. Este hecho ha llevado a estos sujetos a construir discursos —científicos, políticos, religiosos, etc.— que sustenten la aplicación del control, de la regulación y de la disciplina, que beneficie solamente a los que ostentan el poder y, relegando con ello a un segundo plano a otros sujetos humanos, los cuales no tienen acceso a la “razón-verdad” discursiva que les permita autodeterminarse. Ese poder que toma dominio y posesión de los diferentes niveles de la sociedad es implantado por esos discursos, que a su vez no se remiten necesariamente, según Michel Foucault, a una determinada realidad objetiva, lo que significa que el discurso de poder se constituye en un conjunto enunciativo en y por sí mismo.

Ese poder dominante, excluyente y prohibitivo de la sociedad disciplinaria, afirmada por Foucault, hace uso de mecanismos finamente ordenados que garanticen la clasificación y la sujeción humana y, que al mismo tiempo afirmen la hegemonía del discurso. La búsqueda del por qué de esas determinadas condiciones humanas, las cuales categorizan a ciertos sujetos dentro de una condición específica: “no normal o desigual”, como por ejemplo el loco, el delincuente o incluso el enfermo, llevaron al filósofo francés a investigar y postular una causa que explique el origen a esas clasificaciones

humanas<sup>1</sup>. Para Foucault, las prácticas discursivas históricas sitúan al ser humano bajo sujeción o *proceso de subjetivación*, esto a partir de la relación con lo que Foucault denomina las tres instancias: *saber, poder y subjetividad*, mismas, afirma Gilles Deleuze, “*que se caracterizan por hacer ver algo nuevo o por poner en tela de juicio las fuerzas establecidas*”<sup>2</sup>. Esa configuración del sujeto, según Foucault, es determinada por la relación de poder, la cual implica una relación de fuerzas, a saber, “*jerarquía, control, vigilancia, prohibiciones, coacciones*”<sup>3</sup>, es decir, un poder que se ejerce y afecta a individuos los cuales son determinados, esto para la afirmación del mismo poder.

Foucault afirma que la formación de las sociedades disciplinarias —sustentadas por el poder— se caracteriza por su aparición a comienzos del siglo XIX, esto principalmente a partir de un hecho: “*la reorganización del sistema judicial y del sistema penal*”<sup>4</sup>. Esta reorganización trajo consigo una transformación en cuanto al *sistema teórico de la ley penal*, propiamente en relación al crimen o infracción penal y su sentido propio; éste ya no tiene, afirma Foucault, relación alguna con la falta moral o religiosa, sino más bien con el poder político, mismo que ha establecido leyes civiles para proteger a la sociedad y, que para su correcta aplicación es necesario que el crimen y, por tanto el criminal, sean identificados, definidos, instrumentalizados, penalizados y corregidos. Así, se asegura el orden social, se repara el mal cometido, se impide la ejecución de otros actos semejantes y se garantiza la vigencia del *poder-saber* de los diferentes órdenes implicados<sup>5</sup>.

Aquí, el saber se posiciona como el correlato de dicho poder, es decir, que poder y saber se

<sup>1</sup> En sus dos conferencias de 1983 y 1984 intituladas “*¿Qué es la Ilustración?*” Foucault sostiene que la crítica permanente de nuestro ser histórico, esto desde *ethos* filosófico, manifiesta una “ontología crítica” de nosotros mismos, un análisis histórico de los límites, entendidos como aquello que no es indispensable para la constitución de nosotros mismos como sujetos autónomos, o sea, la investigación histórica sobre los acontecimientos —*discursos que articulan*— que han llevado a convertirnos en el tipo de sujetos que somos, de lo que hacemos, pensamos y decimos.

<sup>2</sup> Deleuze, G., (1987) *Foucault*. Ediciones Paidós, Barcelona. p. 155.

<sup>3</sup> Foucault, M., (1984) *Un diálogo sobre el poder*. Alianza Editorial, Madrid. p. 15.

<sup>4</sup> Foucault, M., (1999) *Estrategias de poder*. Paidós, Barcelona. p. 222.

<sup>5</sup> En el análisis de la construcción textual-cronológica que Foucault realiza en su obra “*Yo, Pierre Rivière habiendo degollado a mi madre, a mi hermana y a hermano...*” se hacen notar los diferentes elementos que constituyen a la sociedad disciplinaria y a la variedad poderes que se ejercen, además de la conceptualización contextual del crimen y sus consecuentes métodos para conocer la supuesta verdad. A partir del discurso del poder judicial, surge el informe médico-psiquiátrico, en el cual y, desde el presupuesto de que la ciencia —médica— asegura y certifica la información dada como objetiva, como verdadera, se presenta la condición mental bajo la cual se cometió el crimen. El discurso psiquiátrico pretende aportar una explicación al por qué de la acción delictiva, es decir, si ésta fue realizada deliberadamente o no, lo que realmente tendría el control sobre la condena del imputado; en el caso de Pierre Rivière, la cadena perpetua o la pena de muerte. Es así como los poderes judicial y psiquiátrico se constituyen en el poder normalizador para las subjetividades amenazantes del orden social, en este caso el criminal, Pierre Rivière. Para este objetivo la sociedad disciplinaria emplea los discursos y mecanismos de poder, bien articulados desde una racionalidad inapelable que legalice tal proceder. De esta forma se hace efectivo el control social de los sujetos en las condiciones de anormalidad.

implican mutuamente, con el fin de posibilitar las prácticas discursivas; así lo postula Foucault: “*Poder y saber se articulan por cierto en el discurso*”<sup>6</sup> y, al mismo tiempo, este discurso supone una racionalidad-verdad autorizada por el mismo poder vigente. Este saber, según Foucault, se constituye fundamentalmente en un dominio de determinados objetos (los contenidos materiales y formales que componen un área específica) y, desde los cuales un sujeto los ordena y enuncia para la apropiación del ámbito en cuestión, que no necesariamente adquieren un estatuto científico, sino que corresponden a interpretaciones de los sujetos que enuncian el discurso de poder imperante.

## I

Para Foucault, estos discursos surgen como consecuencia de ciertos elementos propios de la sociedad del mando. Desde esta sociedad, los discursos son *controlados*, continua Foucault, y, su vez aplicados a los diferentes requerimientos —individuos por sujetar— para regularizar las contingencias. Es por esa razón que dichos discursos no abordan a un objeto o fenómeno real, para su debido entendimiento y consecuentes derivaciones, como en el caso de la “*locura*”, esto al contrario, sería la aplicación, sostiene Foucault, de las medidas de discriminación y represión para con ciertos *objetos*, que han sido inventados y, al mismo tiempo excluidos por su irregularidad dentro del canon establecido. Estos objetos, afirma Foucault, han sido *instaurados de antemano* y, a los cuales el discurso de poder es aplicado y, con ello, lograr la articulación requerida entre el incluido y el excluido. Así la producción de los objetos dependería de ciertas instancias normativas, condiciones históricas, en palabras de Foucault “*superficies de emergencia*”, mismas que designan las desigualdades que propician la exclusión de algunos individuos en razón de una teorización conceptual, de *reglas* determinadas por parte de las instituciones ya normalizadas histórica y socialmente. Así afirma Foucault:

Estas superficies de emergencia no son las mismas para las distintas sociedades, las distintas épocas, y en las diferentes formas del discurso. Para atenerse a la psicopatología del siglo XIX, es probable que estuvieran constituidas por la familia, el grupo social próximo, el medio de trabajo, la comunidad religiosa (todos los cuales son normativos, todos los cuales son sensibles a desviación, todos los cuales tiene un margen de tolerancia y un umbral a partir del cual se requiere la exclusión...<sup>7</sup>

De esta manera, con el discurso, que viene asociado a una instancia de poder, o en palabras de Foucault, de *delimitación*, termina por hacer aparecer el objeto, definirlo y dominarlo. Para esta tarea, los discursos se convierten en instrumentos para el encaminamiento del poder, los cuales a través de

<sup>6</sup> Foucault, M., (1998) *Historia de la sexualidad I, La voluntad de saber*. Siglo veintiuno editores, Madrid. p. 59.

<sup>7</sup> Foucault, M., (1991) *La arqueología del saber*. Siglo XXI Editores, México. p. 67.

mecanismos y ordenaciones aplicadas hacen efectiva la práctica discursiva. Es así como el discurso se constituye en un poder allende las palabras, para hacer efectiva la objetivación o, más bien, para realizar directamente la acción de colocar a un objeto en un *campo de exterioridad*. Esto significa, siguiendo a Foucault, que los discursos son más que un conjunto de enunciados, de signos, de *elementos significantes*, sino que más apropiadamente son prácticas que terminan de formar a los objetos excluidos.

Ante este procedimiento de exclusión que ejerce el discurso, Foucault resalta la oposición que se da entre la palabra o discurso del loco contra la palabra del cuerdo. La palabra del loco queda sin valor ante la “verdad” de la correcta racionalidad de las instituciones —*médico, psicoanalista*— que clasifican y colocan a tal sujeto —el loco— como nulo y separado. Aquí se presenta, señala Foucault, una división entre lo verdadero y lo falso, entre unas instituciones que imponen la verdad, el discurso verdadero respetado y temido y, por el otro lado el excluido sin palabra. Esta exclusión se lleva a cabo desde aparatos de ejecución como la *coacción* y la *violencia*, o por prácticas reglamentadas desde la autoridad formativo-normativa que prohíbe y juzga lo que se opone a la verdad *insidiosamente universal*. Foucault nos lega los principios categoriales de práctica discursiva como conjunto de ordenamientos y controles que operan como fuerzas socializadoras y organizadoras de quienes interactúan en la acción comunicacional, de manera que convertidas en reglas de exclusión determinan la verdad de los enunciados<sup>8</sup>.

## II

Por su parte, dentro de la posibilitación del discurso de poder, existe un control interno que ejerce el mismo discurso, para fiscalizar a otros discursos que surgen, *clasificándolos, ordenándolos y distribuyéndolos*, en función de una restricción. Así, el *comentario*, que es un nivel de discurso, afirma Foucault, un discurso que *se dice*, esto es, que su influencia no alcanza para que pueda establecerse como relevante y categórico o, en otros términos, podrían ser discursos que repiten lo ya dicho lo por el discurso indisoluble que anuncia la verdad única. Así lo manifiesta Foucault: “*Pero por más que sus puntos de aplicación cambien, la función permanece; y el principio de cierto desfase no deja de ponerse continuamente en juego*”<sup>9</sup>. De igual forma, el *autor* instituye la regulación interna del discurso, siendo su constructor y su dador de significado, esto, evidentemente, desde el discurso “válido”, que es el adecuado para ser introducido por dicho autor en el canon instituido. Ese autor limita la producción y vigencia de discursos producidos fuera de la “racionalidad científica”, porque su nombre o su *genio* garantizan su validez.

Es el autor —o su noción—, sostiene Foucault, el que ha dado lugar a la individualización del

<sup>8</sup> Botero, N., (2002) *Discurso y ciencia*. Editorial universitaria de Colombia, Quindío, Colombia. p. 23

<sup>9</sup> Foucault, M., (2008) *El orden del discurso*. Tusquest Editores, Barcelona. p. 27.

conocimiento, a la exclusividad y control de las ideas por partes de algunos nombres ya reconocidos históricamente por ser precisamente los autores. El autor, continúa Foucault, no es un simple elemento más del discurso, sino que es gracias al autor que el discurso puede ser posicionado como notable y dominante en relación a otros discursos que surgen en el mismo contexto. Así lo escribe Foucault:

[...] para un discurso, el hecho de tener un nombre de autor, el hecho de que se pueda decir “esto ha sido escrito por tal” o “tal es su autor”, indica que ese discurso no es una palabra cotidiana, indiferente, una palabra que se va, que flota y pasa, una palabra inmediatamente consumible, sino que se trata de una palabra que debe ser recibida de cierto modo y que en una cultura dada debe recibir un estatuto determinado<sup>10</sup>.

Esto ha llevado a que el escrito o discurso remita más al autor que al significado mismo del texto, desvirtuándose así el contenido mismo del escrito, en cuyo caso podría no ser legítimo desde las exigencias mismas del discurso coherente. Esto es así, ya que lo que le da vida, existencia, vigencia y permanencia al discurso, sostiene Foucault, es ese autor diferenciado del hombre común que firma cartas, contratos o escribe libros, pero que no es un “autor” e, igualmente, del contenido mismo de la construcción discursiva; esto da lugar a que en un mismo contexto socio-cultural hayan discursos con autor y discursos sin autor. Estos discursos anónimos son separados de los discursos dominantes, en tanto el autor —su esencia— encarna un determinado *statu quo* que responde a una especie de construcción mental, *ser de razón* lo llama Foucault, la cual lo sitúa como una fuerza productora, como un proyecto —ideológico— que origina sistemas de conocimiento —conceptual-valorativos— que a su vez asignarían una particular interpretación a la realidad en su significado y valor. Así, los discursos que no originan nuevos proyectos de conocimiento que posean la fuerza necesaria para dar lugar a más contenido discursivo, quedan al margen de la mediación del orden socio-humano.

Ante estos principios —el comentario y el autor— se oponen las *disciplinas* que se entienden como una serie de conocimientos sin autor, que presuponen verdades disponibles para cualquiera, lo que implica nuevas proposiciones que podría propiciar una ruptura con el comentario y con el discurso vigente. Una disciplina no contiene ni afirma todo acerca de un área en específico, puesto que las mismas están construidas a partir de verdades y errores; esto significa el reconocimiento claro de enunciados verdaderos pertenecientes a un discurso único que satisface las exigencias del poder. Es aquí donde la “racionalidad científica” institucionalizada actúa en función del poder de sí misma, autoafirmándose, validando o no teorías que surgen paralelamente al discurso que posee la verdad de su época. Foucault ejemplifica así:

<sup>10</sup> Foucault, M., (1998) *¿Qué es una autor?* Litoral, Córdoba, Argentina. pp. 45-46.

Pero es que Mendel hablaba de objetos, empleaba métodos, se situaba en un horizonte teórico, que eran extraños para la biología de la época. [...] Mendel decía la verdad, pero no estaba “en la verdad” del discurso biológico de su época<sup>11</sup>.

### III

Foucault sostiene que hay también un control del discurso que se da a partir de un condicionamiento hacia los autores, propiamente una serie de *reglas* que logren impedir el acceso a cualquiera a la promulgación de discursos, esto debido a que la totalidad de los contenidos del discurso no son del dominio y nivel intelectual de todos. Esta *calificación* de los sujetos para decretar su aptitud o no para que *puedan hablar*, afirma nuestro filósofo, se realiza desde un *ritual*, cuya función es delimitar los parámetros del discurso, modelando su eficacia para sus fines persuasivos y coactivos.

Además, los discursos son protegidos y preservados por lo que Foucault llama “*Sociedades de discursos*”; éstas tienen como cometido resguardar el espacio de difusión de los discursos, esto es, la aplicación de un protocolo que da lugar a un ambiente exclusivo y un tanto artificial que promociona los diferentes discursos aceptados.

A la par de estas *sociedades de discursos*, se sitúan las *doctrinas*, que en apariencia son el contrario de aquellas, sostiene el pensador francés, debido a que la cantidad de difusores que tienen la posibilidad de hablar es mayor, siempre y cuando se reconozca la misma verdad rectora y se acepten ciertas reglas. El apego a la ortodoxia fija la aceptación o rechazo y, prohíbe al hablante situarse por encima del enunciado preponderante; la doctrina, sostiene Foucault, realiza una *sumisión* total al discurso y, a los grupos que a su vez están fundados en discursos de poder. Y con toda esta armazón de regulaciones, se concluye con la exaltación del discurso mismo y, su posibilidad sólo para los sujetos conductores del poder y su imposibilidad para los sujetos al poder.

Aquí Foucault señala una característica fundamental de este discurso dominante y, la ubica como un fenómeno salido del siglo XIX. El pensador francés asevera que los nuevos discursos de tipo doctrinal a diferencia de los discursos clásicos de la literatura, la ciencia, la religión, etc., no tendrían la intención de describir y dar conocimiento objetivo-neutral de la realidad, sino que su función sería promulgar sistemas de pensamiento, esto a partir de matrices discursivas de tipo ideológico, y sus autores llegarían a ser “*fundadores de discursividad*”. La característica de estos *fundadores de discursividad* es la de ir más allá de sus obras, de sus discursos, implantando sistemas doctrinales —dogmáticos— que posteriormente darían lugar a nuevas escuelas doctrinales, cuya función y desarrollo se sustentan desde la matriz

<sup>11</sup> Foucault, M., Op.cit. p. 27.

discursiva. Así pues, toda obra posterior se constituye como una extensión o una derivación de la matriz discursiva, reconociéndole incoativamente su valor fundante, su fuerza discursiva —en y por sí misma—, derivando en simples nuevos conceptos, enunciados e hipótesis. Así se refleja en la obra, *¿Qué es un autor?*:

[...] como “instauradores de discursividad”, quiero decir que no volvieron simplemente posible un determinado número de analogías, volvieron posible (del mismo modo) un determinado número de diferencias. Abrieron el espacio para algo distinto a ellos y que sin embargo pertenece a lo que ellos fundaron [...] la obra de esos instauradores no se sitúa con relación a la ciencia y en el espacio que esta diseña; sino que es la ciencia o la discursividad la que se relaciona con su obra como coordenadas primarias [...] Se entiende por eso que encontremos, como una necesidad inevitable dentro de tales discursividades, la exigencia de un “retorno al origen”<sup>12</sup>.

Aquí estaría la no-cientificidad, la no-neutralidad de las discursividades, puesto que la científicidad fundacional —contraria a la discursividad— podría estar incluida en posteriores avances epistemológicos o, bien, que este conocimiento científico puede ser parte “*de las transformaciones ulteriores de esa ciencia*”<sup>13</sup> como un aporte más en el progreso de determinada disciplina racional con miras al mejoramiento de las condiciones de la vida humana. Esto quiere decir que la científicidad fundacional no sería un sistema incuestionable, por el contrario, éste podría ser utilizado como un medio para alcanzar la realización de los patrones de racionalidad. Por su parte las discursividades estarían cerradas como un conjunto de ideas antagónicas al ya mencionado desarrollo y, con ello se colocan como un fin en sí mismo. Pero además el desarrollo de la ciencia también es racional porque ha implicado un proceso de aprendizaje y autocorrección con respecto a las teorías, los métodos y aun lo fines<sup>14</sup>. De manera que estos discursos, entendidos desde la conjugación *poder-saber-subjetivación* estarían instaurados, como señala el filósofo Arnoldo Mora, desde la “*irracionalidad de la represión*”<sup>15</sup>, desde la violación de los principios de formación y estructuración que dan lugar a la científicidad y, por esa razón, dichos discursos y sus correspondientes instancias de poder deben ser denunciados, analizados y modificados con el fin de señalar sus errores, sus absurdidades y sus defectos teóricos, esto, indudablemente, desde la razón crítica. Así concluye Foucault:

Ocuparse del funcionamiento ideológico de una ciencia para hacerlo aparecer o para modificarlo, no es sacar a la luz los presupuestos filosóficos que pueden habitarla; no es volver a

<sup>12</sup> Foucault, F., Op.cit. pp. 54-56.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

<sup>14</sup> Olivé, L., (2000) *El bien, el mal y la razón*. Editorial Paidós, México, 2000. p. 147.

<sup>15</sup> Mora Rodríguez, A., (2002) “*Foucault y la crisis de la modernidad*”. Revista Reflexiones, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica, Vol. 81, núm. 2.

los fundamentos que la han hecho posible y que la legitiman: es volver a ponerla a discusión como formación discursiva; es ocuparse no de las contradicciones formales de sus proposiciones, sino del sistema de formación de sus objetos, de sus tipos de enunciados, de sus conceptos, de sus elecciones teóricas<sup>16</sup>.

Podemos concluir, que es de esta manera, como desde jerarquías discursivas impuestas que se organiza el entramado humano de poderes y posibilidades; con ello se ha silenciado la voz de los sujetos que no poseen la “verdad”, aquellos excluidos del poder del habla a través del discurso vacío, incapacitados para construir un pensamiento desde y por sí mismos, a razón de la eficacia de la implantación del discurso de poder. Esta condición se ha extendido a través del devenir de la historia de las estructuras sociales, dando lugar a una unipolaridad totalizante —*el poder discursivo*— que no ha reconocido la alteridad como signo de racionalidad, sino que dichas jerarquizaciones dominantes se han instaurado para alimentar y reafirmar más el poder. De igual forma, Foucault ha resaltado los elementos que se han erigido históricamente para disminuir y enajenar a los sujetos de sí mismos, de esa constitución que por naturaleza les corresponde, a saber, la autonomía que como seres pensantes y libres les pertenece, capaces de producir y dirigir todo lo que ellos mismos requieren para autorrealizarse.

### Bibliografía

- Delueze, G., (1986) *Foucault*. Paidós, Buenos Aires.
- Foucault, M., (2008) *El orden del discurso*. Tusquest Editores, Barcelona.
- Foucault, M., (2000) *Los anormales*. Fondo de Cultura Económica, México, 2000.
- Foucault, M., (1999) *Estrategias de poder*. Paidós, Barcelona, 1999.
- Foucault, M., (2007) *Herculine Barbin llamada Alexina B.* Talasa Ediciones, Madrid.
- Foucault, M., (1998) *Historia de la sexualidad I, La voluntad de saber*. Siglo veintiuno editores, Madrid.
- Foucault, M., (1991) *La arqueología del saber*. Siglo XXI Editores, México, 1991.
- Foucault, M., (1998) *¿Qué es una autor?* Litoral, Córdoba, Argentina, 1998.
- Foucault, M., (1984) *Un diálogo sobre el poder*. Alianza Editorial, Madrid, 1984.
- Foucault, M., (2001) *Yo, Pierre Rivière habiendo degollado a mi madre, a mi hermana y a hermano....* Fábula, Barcelona, 2001.
- Mora Rodríguez, A., (2002) *Foucault y la crisis de la modernidad*. Revista Reflexiones, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica, Vol. 81, núm. 2.

<sup>16</sup> Foucault, M., *La arqueología del saber*. p. 313.



Rojas O., C., (2001) *Foucault y el posmodernismo*. UNA, cuadernos Prometeo N° 24, Heredia, Costa Rica.

